

I. PRIMERA ETAPA DE FORMACIÓN NACIONAL: LA ERA DE LAS GRANDES POSIBILIDADES E INTUICIONES

1

No es poco frecuente en la historia de los pueblos que en el proceso de su formación se dé algo así como un inicio de realización de aquello que un pueblo parece llamado a manifestar central, esencialmente. Este comienzo o insinuación, casi siempre barrido poco después de la superficie del mundo, del escenario de las cosas visibles, por la corriente de la historia y la inmadurez de aquellos elementos que podrían darle un carácter permanente o definitivo, resulta muchas veces de la pureza e ingenuidad iniciales del movimiento y cumple la función histórica de ser algo comparable a la intuición de un destino. En el caso español, esto ocurre de un modo muy flagrante durante el siglo XIII en esa vasta extensión de terreno peninsular directamente gobernada por los reyes Alfonso X de Castilla y Jaime I de Cataluña y Aragón, o influida y condicionada por ellos. Dependiendo del valor que se le otorgue al término *España*, puede llegarse a pensar que el siglo XIII es un estadio muy avanzado ya del proceso formativo de nuestro pueblo para hablar de la pureza e ingenuidad iniciales del movimiento o de una primera intuición de su destino histórico. En efecto, para entonces ya ha tenido lugar una rica y variada historia prerromana de pueblos de los que sabemos verdaderamente muy poco; para entonces la tierra peninsular ya ha sido visitada, colonizada, explorada y explotada por grandes culturas mediterráneas que han dejado en ella sus improntas; ya ha acontecido el largo periodo de dominación romana y los siglos de predominio y cultura goda; ya han pasado quinientos años desde que Muza y Tariq ganaran para el Islam casi toda la piel del toro. Todos esos elementos constituyen, sin duda, el pasado español; sus acciones e interacciones tienen lugar sobre el cuerpo físico de esa alma colectiva naciente que un día empezará a llamarse España, y la Naturaleza los aprovecha a todos para formar en el crisol de la historia un nuevo elemento que, por una parte, los incluya y, por otra, los trascienda: un pueblo cuya vitalidad será el resultado del cruce de todas sus corrientes vitales y cuya mente atesorará el potencial de todas sus mentalidades, aunque permanezca muda e inerte durante largos periodos. Sin embargo, ese siglo XIII, aun siendo una cima de la historia es también un inicio, un momento que recoge los logros del periodo medieval de la Reconquista y en que España (las Españas) empieza a comprender que sobre esos logros puede construir lo mejor de su carácter. El periodo medieval se nos aparece entonces como la etapa formativa clave de lo español, comparable a esos primeros años de la vida de un niño que son el resultado de un proceso genético tan largo como se quiera profundizar en el pasado, pero determinantes a su vez para la vida adulta de la persona.

El periodo medieval se inicia para España con la irrupción al sur de los Pirineos de los visigodos y el dominio generalizado por parte de este pueblo germánico del territorio hispanorromano. Con los visigodos, la Península gozará por primera vez de unidad e independencia políticas y en un espacio de tiempo relativamente corto incluso zonas inicialmente recalcitrantes, la Galicia sueva y la Spania bizantina, serán incorporadas a la unidad nacional hispanogoda, que incluye además la provincia Narbonense al sur de Francia, pero de la que queda excluido el territorio natal de los irreductibles vascos. Los visigodos llegan en un periodo en que el elemento germánico insemna a la práctica totalidad de Europa aportando su sangre joven a la esclerótica cultura romana y dinamizando un mundo decadente. Unidad y organización en lo interior e independencia

frente al exterior constituyen el logro de esta etapa formativa y justifican, por sí solas, la función histórica de los visigodos en España. La amenaza de una atomización del territorio en una pluralidad de reinos pequeños e ineficaces, así como la de intervención de otros poderes extranjeros en la Península, son conjuradas definitivamente por la audacia y habilidad de Leovigildo, que a finales del siglo VI lega a su hijo Recaredo un reino coherente. La conversión de éste al catolicismo romano en el 589 y su abandono del arrianismo es un paso necesario para superar el principal obstáculo que impide la fusión de los dos elementos peninsulares fundamentales, el germánico y el hispanorromano, en una sola consciencia colectiva nacional, pero no se librará de consecuencias nefastas.

En efecto, las diferencias de religión, e incluso dentro de una misma religión las diferencias doctrinales, han constituido tradicionalmente un importante factor de desunión en los pueblos, especialmente en los de Occidente, y sobre todo en esa época en que el centro de la aspiración y las motivaciones del hombre ha sido mucho más espiritual que material. Así lo entendió ya el emperador Constantino, que forzó a la unidad dogmática por la vía de las armas, de la amenaza o de la persuasión a las diferentes tendencias doctrinales que se insinuaban en su imperio a comienzos del siglo IV. El mismo Arrio, cuya versión del cristianismo asimilarían los godos al tiempo de su conversión, se vio obligado a abandonar el imperio romano hacia las regiones danubianas con sus seguidores tras el concilio de Nicea, que proclamó heréticas sus opiniones acerca de la naturaleza del Hijo. Como religión de Estado, el cristianismo católico nace, pues, con voluntad hegemónica y se convierte en una doctrina totalitaria; éste será un carácter al que tardará veinte siglos en renunciar y, cuando finalmente lo haga, será forzado por las circunstancias mundiales y no del todo sinceramente, tan convencido está y ha estado siempre de su verdad. El arrianismo, por el contrario, sufre inmediatamente las consecuencias de esa hegemonía. La España arriana del primer siglo de dominación goda es un país aún no fundido en una sola consciencia colectiva, pero pluralista y tolerante. La España católica del segundo siglo goda es un país progresivamente fusionado, pero en el que de día en día crecen las medidas legales contra todos aquellos que no abrazan declarada y manifiestamente la doctrina hegemónica nacional: judíos, paganos y cristianos considerados heréticos por la iglesia. El precio de esa consciencia unitaria es la uniformidad en lo religioso y en aquellos ámbitos de la vida condicionados o determinados por la religión; el precio es el sacrificio de todos los elementos y energías humanas que quedan en la periferia de ese núcleo fundido o la imperfecta incorporación al conjunto de elementos originalmente marginales, pero forzados de uno u otro modo a la unidad de idea. Éste es un hecho que merece ser destacado porque se repetirá en nuestra historia con frecuencia y será uno de los factores, si no el principal, que determinará el drama español: la reiterada pérdida de un destino.

La conversión de Recaredo es un acontecimiento de extremo interés que nos sitúa frente a una de las constantes de la historia: la dinámica evolutiva de nuestro mundo plantea en ocasiones necesidades históricas a los pueblos que sólo pueden satisfacer mediante instrumentos aún muy imperfectos para alcanzar resultados estables o definitivos; así, la solución o soluciones con que responden a las exigencias históricas llevan en sí mismas consecuencias perniciosas en diversos ámbitos de la existencia que obligarán, a su vez, a la búsqueda de nuevas soluciones parciales y centrales. De este modo, el desfase entre la capacidad de respuesta definitiva de un pueblo y la complejidad de las crisis que se ve obligado a enfrentar se convierte en un motor de la historia, un acicate evolutivo; el mismo rodeo que debe dar hasta llegar a los logros exigidos por la evolución se traduce acaso en un camino de dolor histórico, pero sobre todo, al final, en

una fuente de experiencia, conocimiento, y riqueza cultural y espiritual. La creación de una consciencia nacional unida en la Península se ha convertido en una necesidad histórica a finales del siglo VI; así lo percibe ya claramente Leovigildo, en especial después de la rebelión de su primogénito Hermenegildo (que constituye el síntoma externo de esa necesidad), y toma una serie de medidas de acercamiento entre el arrianismo y el catolicismo¹. Será Recaredo quien culmine esta tendencia: la unidad de principio abrirá el paso a la creación de una consciencia colectiva unida. Las manifestaciones externas son claras a partir de entonces: tendencia a la uniformidad de costumbres; las leyes de los godos y las de los hispanorromanos, separadas hasta ese momento, empiezan también a caminar hacia una unidad que se completará medio siglo más tarde con Recesvinto... Pero el instrumento disponible en ese momento histórico por los reyes godos y el pueblo gobernado por ellos, la unidad de credo, es demasiado limitado: no sólo deja fuera de la unidad a todos aquellos que en consciencia no pueden asumir la nueva ideología nacional, sino que constriñe poderosamente todas las esferas de la vida. En ausencia de otro instrumento con el que responder a esta necesidad histórica, utilizarlo se ha convertido en algo inevitable, pero también peligroso: no sólo quedan marginadas muchas energías y potenciales humanos, sino que crecerá gradualmente la tendencia a derrochar nuevas energías en vigilar y aislar, primero, y en perseguir y destruir, después, a todos esos elementos marginales. Así, la España visigoda del siglo VII será el primer país que genere vergonzosas leyes antijudías de agresividad creciente y que fuerce a los hebreos a la conversión o a la miseria, la maldición y el exilio.

Los reyes godos fueron ante todo organizadores, legisladores. Durante su dominio, se compusieron códigos que serían una y otra vez revisados y perfeccionados, y que incluso servirían de modelo más allá de las fronteras españolas. Ahora bien, un fuerte predominio del poder organizador, si bien resulta necesario en determinados momentos para canalizar y ordenar energías vitales que de otro modo se derrocharían en fines superficiales o en conflictos innecesarios, o para dar cohesión y unidad a una consciencia colectiva, cuando prevalece más allá de lo imprescindible sin hallar un poder estimulante de la vida que lo compense, acaba por asfixiar aquello cuyo crecimiento debía asistir y regular. En la sociedad hispanogoda, esta asfixia se ve potenciada por dos factores: la creciente intransigencia política y religiosa a partir de Recaredo, y la tendencia a un dominio cada vez mayor por parte de lo religioso de todos los ámbitos de la vida². El avance de la historia planteaba ahora, a comienzos del siglo VIII, una nueva exigencia surgida de la imperfecta solución dada al problema anterior: la ruptura de la homogeneidad creada y la dinamización de las energías humanas de la Península. Unidad y organización ya habían avanzado lo bastante como para permitir un nuevo paso en el que la primera se convertiría en una referencia inexcusable del pasado y, por tanto, en una aspiración futura; y la segunda permitiría que la destrucción de la estructura goda no diese lugar a una desintegración global o a una irreparable atomización, sino a la creación de varios núcleos diversa pero paralelamente organizados e imbuidos de fuerza dinámica. Así como había sido el elemento germánico el encargado de redimir al imperio romano de su esclerosis, ahora era el elemento islámico el llamado a cumplir la función de satisfacer las nuevas necesidades evolutivas del pueblo peninsular.

¹El concilio arriano del 580 facilitará la conversión de los católicos al arrianismo; en el 582 Leovigildo habría suscrito opiniones teológicas más próximas al catolicismo; incluso, según algunas noticias poco fiables, se habría convertido secretamente al catolicismo antes de morir.

²El número de hombres que profesan en los monasterios pone en peligro incluso las levas militares provinciales, tal como revela la *Vida de San Fructuoso*, y el instrumento fundamental de gobierno de la monarquía goda es el concilio de Toledo.

La invasión islámica de la Península Ibérica constituye una de las grandes bendiciones de la historia al pueblo que la Naturaleza estaba creando en esta región geográfica y el legado musulmán, aun siendo un potencial poco explotado por los españoles y poco presente en su consciencia colectiva actual, es uno de los grandes tesoros ofrecidos a España por el destino. Desde Ervigio, que reinó treinta años antes de que Tariq desembarcase al oeste de Gibraltar, había signos en la sociedad hispanogoda de vejez, agotamiento y decadencia. La debilidad e ineptitud creciente de los últimos reyes godos, de los que sólo Wamba parece exceptuarse, las persecuciones religiosas y el individualismo en aumento de los nobles habían disgregado y enfrentado las fuerzas constitutivas de la nación. La poderosa energía musulmana irrumpió en un cuerpo moribundo, un cuerpo que fenecía por causas puramente endógenas, y lo revivificó de dos formas: a la inmensa parte de la sociedad que quedó bajo su dominio, la revivificó por inseminación cultural; a la pequeña parte que se obstinó en su independencia la empujó, por una parte, a la experiencia de la fuerza, del coraje, al reto permanente de sobrevivir física, cultural y espiritualmente, y, por la otra, la dividió, la disgregó y la forzó a la diversidad.

La inseminación cultural es vasta en todos los ámbitos. Los germanos, el factor revivificador del moribundo cuerpo romano, habían acabado siendo absorbidos por una cultura que superaba con mucho a la suya, pero ante los musulmanes es la sociedad hispanogoda de la Península la que se somete. El elemento islámico no sólo aporta sangre y vitalidad jóvenes, como dos siglos antes los visigodos, sino también una cultura naciente y poderosa que transforma y a su vez se deja enriquecer por las importantes civilizaciones que van quedando sometidas a su pujanza a lo largo y ancho de su inmenso imperio: la India, Persia, Mesopotamia, Egipto... Durante muchos siglos, la España musulmana se convertirá en un foco cultural de incalculable importancia y en una fuente de enseñanza, inspiración y emulación para todo el Occidente. Aun al crisol en el que empieza a forjarse por aquel entonces la lengua española arrojarán los árabes su inapreciable contribución.

Pero si toda la Península se hubiese dejado fascinar y poseer por la cultura invasora, el juego de fuerzas que movió durante ocho siglos la historia habría sido, acaso, menos rico. La polarización del territorio en dos civilizaciones enfrentadas, hispanogodos independientes y España islámica, *moros y cristianos*, estaba destinada a crear un potencial cultural y una complejidad cultural mayores. Hemos dicho antes que el Islam, agresivo y pujante, obligó a la experiencia de la fuerza, de la batalla permanente, a los núcleos cristianos que se obstinaron en su libertad. Un autor indio escribió: *Mahomed's mission was necessary, else we might have ended by thinking, in the exaggeration of our efforts at self-purification, that earth was meant only for the monk and the city created as a vestibule for the desert*³. Y su aforismo se aplica perfectamente a aquella sociedad hispanogoda del tiempo de San Fructuoso en que el dux de la Bética hubo de pedir al rey que limitase de algún modo el número de hombres que pretendían profesar en el monasterio recién fundado allí por el santo, pues de otra forma no quedaría material humano al que recurrir en caso de necesarias acciones militares⁴. Ya han señalado varios

³Aurobindo Ghose, H.G. 99-100.

⁴*Vita S. Fructuosi*, citada por E.A. Thompson en H.G.E. 300.

historiadores, y en nuestro país especialmente Américo Castro, la vinculación del concepto y la vivencia cristianos de cruzada con la idea y la experiencia de *yihad* islámica. Pero lo que nos interesa aquí, más que la dependencia histórica de una con respecto a la otra, es el sentido profundo de atribuir a la guerra, como suma expresión de la manifestación de la fuerza y el coraje, un significado y una motivación divinos. Muchos siglos antes de la era cristiana, los hebreos ya habían librado guerras divinales impulsados por el celo de su dios, *Yahvé de los Ejércitos*, que difícilmente se resignaba a ser una divinidad más entre muchas otras. La *yihad* islámica de los tiempos de la conquista, dirigida por las élites árabes y no por los pueblos y movimientos fanáticos que sustituirán posteriormente su vigor inicial, era expansiva, conquistadora, pero respetuosa con las otras religiones, especialmente con judíos y cristianos, a los que reconocía su precedencia en el proceso de revelación divina. Muy por encima de estas dos nociones en las que la experiencia bélica es tocada y en parte transformada por lo divino está la hindú, bellamente expresada en el *Mahabharata*. En este vasto poema incomparable, Krishna, encarnación divina, se nos muestra nada interesado en convencer a incrédulos de su propia divinidad o en ganarlos para un credo, en destruir ideologías, hombres o naciones recalcitrantes, en expandir su doctrina por medio de la guerra. Las armas, la fuerza, la batalla, el arrojo de los combatientes, de los que él mismo como Kshatriya forma parte, son para él sólo el medio que le permitirá conducir el pueblo indio -y a través de él a toda la humanidad- por el camino de la evolución, haciendo prevalecer en el campo de la sangre a aquellas fuerzas que por su propia naturaleza son las únicas capaces de propiciar el progreso hacia un tipo humano ética, espiritual y socialmente más desarrollado. Sin embargo, es en el símbolo que nos ofrece Arjuna, el poderoso arquero, el héroe imbatible amigo del dios, donde hallamos el sentido profundo de hacer descender sobre la guerra la atmósfera de lo divino; pues el héroe, sobrepujado por la brutalidad que prevé en cuanto choquen las filas innumerables de los dos ejércitos enfrentados, desmaya y deja caer su arco, y no quiere pensar en otra cosa sino en el retiro del mundo violento y engañoso. Sólo cuando Krishna le revele la necesidad histórica de la batalla para que la realidad terrestre avance empujada por los vientos evolutivos, esto es, cuando le ofrezca un sentido superior al que emana del egoísmo individual o colectivo, un sentido espiritual, el héroe se alzarán, aunará sus fuerzas, colmará su brazo del poder de su convencimiento, y ganará para la Tierra la batalla que ya ha sido decidida en el corazón del Supremo.

Independientemente de que exista o no una verdad en eso que los hombres y las naciones han llamado Divinidad, Espíritu, la motivación divina despierta, unifica, moviliza y galvaniza esa parte del hombre que busca satisfacción y sentido en las cosas supraterráneas; y esta parte del hombre, mucho más amplia y activa en los tiempos pasados, ha dado siempre muestras de una energía espectacular cuando un ideal satisfactorio ha conseguido arrojarla a la arena de la historia. Pero la motivación divina aplicada a la experiencia bélica no sólo supone mayor energía y poder dinámico: al mismo tiempo informa y transforma la guerra. La informa porque le otorga contenidos, significados nuevos de acuerdo con las luces de los hombres del momento; la transforma porque modela y pule sus exterioridades de acuerdo con la sinceridad de esos hombres, es decir, con la coherencia que sean capaces de establecer entre los significados dados o aceptados por ellos y sus propias acciones. Cualquier actividad puesta al servicio de un ideal poderoso se ve obligada a un cambio que la haga consistente con el nuevo principio asumido, y este cambio será tanto más profundo e intenso cuanto mayor sea la claridad con la que se perciba y formule el ideal, mayor la congruencia que se establezca entre él y

cada uno de los elementos de esa actividad, y menores los apegos a las viejas formas⁵. Por ello, en este terreno como en cualquier otro terreno humano, no nos resultará difícil descubrir una pirámide de hombres de la cual sólo los pocos de la cima, hombres especialmente íntegros y clarividentes, alcanzarán los últimos contenidos filosóficos y llegarán a las últimas consecuencias prácticas del concepto de guerra divina, mientras que una inmensa masa será sólo parcialmente tocada por la idea, mínimamente transformada en sus acciones y permanecerá satisfecha con un apego irracional, a veces incluso fanático, a sus símbolos exteriores. Serán los primeros los que conviertan más plenamente la destrucción exterior en un medio de construcción interna, pero en última instancia unas y otras energías humanas se verán unidas por el símbolo que se elija para evocar el ideal. En nuestro caso, será Santiago, realidad o leyenda, ese símbolo dinámico capaz de aunar las energías guerreras individuales y colectivas dotándolas de ímpetu, fuerza y motivación trascendentes. Y resulta interesante, aunque sólo a modo de sugerencia, que la figura del caballero sobre su corcel blanco descabezando enemigos de tez oscura sea idéntica a la de Kalki, décima y última encarnación divina de acuerdo con la tradición puránica hindú.

Nos hemos detenido tanto en esta cuestión porque nos parece de suma importancia para comprender un elemento central del alma española: la fuerza vinculada a un ideal trascendente. Tanto es así que, a lo largo de la historia de este pueblo, sólo cuando esa vinculación se haga posible directamente o a través de un espejismo creíble, la fuerza nacional despertará de su inercia, se unificará y actuará con un éxito prácticamente arrasador. Es bien cierto también que las malas traducciones de ese ideal, ofrecidas tradicionalmente por la ideología católica, podrán convertir España en un poder reaccionario, antiprogresivo, en la historia. Pero más allá del carácter oscuro que asumirá en esas ocasiones, debemos ser capaces de ver las realidades desnudas, sin máscara, esa íntima cualidad que le hace moverse sólo cuando su objetivo está puesto en lo más alto. Sólo de esta forma podremos hallar la vía para la posesión del pleno control de su fuerza secreta y para dar al ideal la forma más consistente con su naturaleza profunda.

Pero anunciábamos más arriba otro don magnífico llegado de la mano de la invasión islámica: la diversidad. No es que España deba a los musulmanes su diversidad, pero sí que ellos fueron el instrumento llamado a quebrantar una estructura demasiado unitaria y homogénea cuya función histórica se había cumplido ya y amenazaba gravemente la pluralidad de base de la Península. Además, las necesidades y consecuencias de la Reconquista y posiblemente también el modelo pluralista islámico contribuyeron a la diversificación de los españoles. Ya indicó Pierre Vilar que *la España de la Reconquista se disgrega más que se unifica*⁶; y ello resulta de máximo interés, pues si la primera España unida e independiente, la de los visigodos, se había formado en última instancia a partir de una fusión de pueblos tribales aculturizados⁷, la España de los reyes católicos habrá de ser un punto de encuentro de naciones conscientes de su identidad y capaces, por tanto, si las condiciones históricas y políticas hubiesen hecho posible articularlas orgánicamente, de convertir su variedad y sus bien definidas individualidades en una fuente incalculable de riqueza cultural. La Península y los

⁵Aunque, evidentemente, también lo contrario es cierto: el ideal se ve obligado a una forma de compromiso con las fuerzas vitales que gobiernan esa actividad y en muchos casos, tristemente en la mayoría de los casos, debe sufrir una penosa degradación, deformación o perversión de su naturaleza.

⁶Hi.E. 51.

⁷La población hispanorromana era, al fin y al cabo, el resultado de un conglomerado de tribus romanizadas, es decir, incorporadas a un sistema cultural y administrativo foráneo; no era una auténtica nación.

hombres de la Península son naturalmente diversos. Gabriel Jackson ignora esta realidad cuando escribe: *Ni el mapa físico de la Península Ibérica, ni la consideración detallada de su historia política durante la temprana Edad Media nos pueden dar razones lógicas para la aparición de los reinos de Portugal, de Castilla y de Aragón-Cataluña como estados principales*⁸. Porque lógicamente o con independencia de ciertas lógicas, existen áreas geográficas que parecen desde antiguo destinadas a evoluciones particulares que refuercen el carácter distintivo de las gentes que las habitan. Galicia, durante el periodo de dominación germánica, tiene su siglo de evolución separada con los suevos; Cataluña, ligada durante la etapa visigoda a la Narbonense, será más tarde una reconquista franca, no goda como el resto de la Península, y tendrá siempre un ojo puesto en el sur de Francia no necesariamente con mirada conquistadora; los vascos no serán nunca romanos, ni godos, ni musulmanes; mientras que Andalucía experimentará la más prolongada, profunda e intensa inseminación árabe. Así, con independencia de la 'lógica' de la división tripartita comentada por Jackson, lo que indudablemente existe en la Península es una realidad pasada y una necesidad futura que ésa y otras divisiones equivalentes tratarán de traducir con mayor o menor acierto. Y esta diversidad de base, esta existencia de naciones dentro de la nación, de consciencias colectivas altamente individualizadas dentro de la comunidad española, es otro de los elementos fundamentales que deben tenerse en cuenta para comprender el alma y el destino españoles⁹.

3

El río de la historia inunda un extraordinario siglo XIII de realizaciones, posibilidades y oportunidades que no volverán a repetirse nunca más de la misma forma. Dos reyes sorprendentes, Alfonso X y Jaime I, el *Sabio* de Castilla y el *Conquistador* de Aragón, yerno y suegro, se convierten en las cabezas de dos sociedades plurales, aguerridas, jóvenes de sangre y espíritu, pero en las que confluyen tres direcciones culturales bien formadas, antiguas, ricas y feraces: la herencia occidental cristiana, la judía y la islámica. Sin embargo, es el primero de los dos el llamado a convertirse en el fenómeno central y de más trascendencia para el conjunto de la nación española.

La batalla de las Navas de Tolosa había dado ya el predominio indiscutible de la Península a las potencias cristianas y el Islam, reducido al reino nazarí de Granada, vasallo del rey castellano, ha dejado de ser por el momento una grave amenaza militar. Alfonso X gobierna un país que, por primera vez en la historia de Castilla, se extiende desde el extremo norte hasta el extremo sur de la Península: la ancha faja central castellano-leonesa, que incorpora el noroeste gallego y deja a Aragón y Portugal, a los que le unen relaciones fundamentalmente armónicas, en sus flancos occidental y oriental; mientras, Navarra oscilará entre el dominio francés, el vasallaje castellano, la influencia aragonesa y la voluntad de independencia. Circunstancias propicias, material humano,

⁸I.E.M. 67. Por el contrario, Pierre Vilar (Hi.E. 32) sí ve razones suficientes cuando escribe: *Aun dejando de lado a Navarra (a la cual un accidente dinástico unió momentáneamente a Francia), y Granada, todavía no conquistada, hay que dejar constancia de una grave división tripartita de Iberia entre Portugal, Castilla y, en Levante, Aragón-Cataluña-Valencia. Hecho tanto más amenazador para la futura unidad, cuanto que se trata de una división que corresponde a tres temperamentos en los hombres y a tres direcciones naturales en la geografía: el Océano, las mesetas y el Mediterráneo.*

⁹Según algunos investigadores (cf. Lapesa, *Historia de la Lengua Española*) ya la partición administrativa romana correspondía a criterios de diversidad etnográfica. La diversidad posterior de la Península es multidimensional: en primer lugar, racial y espiritual (judíos, árabes, cristianos); en segundo lugar, nacional, la de los diferentes pueblos que forman sus personalidades separadas durante el periodo medieval; además, existe una diversidad de estratificación y una transmisión de viejos elementos temperamentales a través de nuevos elementos nacionales que heredan otros anteriores.

tradiciones culturales y una personalidad extraordinaria confluyen en el tiempo para que se satisfaga lo que se ha convertido ahora en una primera necesidad histórica: el despertar de una nueva consciencia colectiva unificada que refunda en una sola entidad grupal los elementos dispersos o deficientemente articulados que son capaces de ofrecer tanto el pasado como el presente, los que vierten las tradiciones castellana y leonesa tanto como los que aportan las últimas conquistas, que han incorporado el reino de Murcia y gran parte de Andalucía. Castilla se ha expandido ya hasta abarcar el máximo de elementos que habrán de conformarla; debe ahora aglutinarlos, componerlos, hacer emerger a partir de ellos una identidad nacional. Este reto fascinante Alfonso lo enfrenta proponiéndose lúcida y eficazmente tareas que son imprescindibles para la creación de una personalidad colectiva: desarrollo de una lengua nacional, de una historia nacional y de una cultura.

El lenguaje no sólo es necesario para una interrelación amplia y precisa de las individualidades de un mismo cuerpo colectivo, sino también como instrumento para abordar, desde el punto de vista de la penetración intelectual y de la organización y fijación de la experiencia y el conocimiento, los diferentes campos del dominio humano. Mediante la doble labor de traducción y creación literaria en un clima de amplia colaboración intercultural, Alfonso X hará del castellano, por una parte, una lengua común de cristianos, judíos y musulmanes, y receptiva de estos tres legados; por la otra, una herramienta eficaz a la altura de cualquier exigencia intelectual de la época, independiente del latín y con personalidad propia. Tan poderoso será el impulso recibido por el castellano en este periodo que acabará por absorber o arrinconar otros dialectos peninsulares de acuerdo con una evolución característica de los procesos naturales. En efecto, cuando la Naturaleza emprende la creación de un determinado tipo biológico o de otro orden, acostumbra en un primer momento a desarrollar diversas alternativas o prototipos de lo que deberá ser el resultado final; después elimina progresivamente las variaciones menos interesantes, concentra todas sus energías creativas y vitales en el tipo seleccionado, y se esfuerza por darle estabilidad interna y contornos bien definidos, consolidando así su estructura y dotándolo de una marcada individualidad. La diversidad original se pierde, pero a cambio el elemento seleccionado gana en potencial creativo y expansivo, y será precisamente este doble potencial lo que le permitirá en el futuro desarrollar nuevas variaciones, locales y temporales, sobre una base más consistente, particularizada y unificada. Así, el castellano, gracias a esta coherencia interna y al cúmulo de energías intelectuales concentradas en él, rebasará tempranamente su hábitat nativo para convertirse en lengua franca internacional y posteriormente, aun cuando pierda esta dimensión en el ámbito internacional europeo, quedará como lengua hegemónica peninsular y como lengua en expansión por los territorios del vasto imperio español; a su vez, se verá constantemente enriquecido por su necesidad de desarrollarse en ámbitos, climas y circunstancias nuevas y, por tanto, frente a experiencias vitales, intelectuales y espirituales cambiantes.

Si la lengua era lo que había de permitir a la consciencia colectiva naciente articularse en su presente, la historia sería la ventana por la que mirar al pasado y reconocerse, mientras que el nuevo concepto cultural forjado por el rey Sabio pretendía ser un molde para el futuro. La historiografía alfonsí, que se alimenta de las tres fuentes, latina, hebrea y musulmana, es de signo doblemente integrador: por una parte, de estas tres tradiciones culturales y espirituales; por la otra, de los diversos reinos peninsulares, a los que considera miembros de una misma entidad colectiva y a los que prevé, antes o después, unificados en una misma organización nacional. En cuanto al atractivo molde cultural propuesto por Alfonso, cuatro son, acaso, sus claves fundamentales: un

pluralismo no sólo tolerante, sino colaborante; una realeza que no sólo es fuente de justicia, poder y administración, sino también de instrucción y sabiduría; un concepto de pueblo que trasciende las categorías sociales básicas del sistema feudal medieval anticipando la noción de *ciudadano*¹⁰; y un pensamiento de orientación racionalista que, si actúa en ocasiones como solvente del dogma religioso, es capaz de convivir y aun completarse con una corriente de orientación hermética estimulada por el mismo monarca.

Tal modelo cultural puede parecernos futurista y poco realista para una sociedad occidental del siglo XIII, pero Alfonso lo enfrenta con tanta coherencia, brillantez e inteligencia práctica, que muestra comprender perfectamente cuál es el camino y cuáles las etapas necesarias entre el proyecto que es capaz de forjar en su mente y su realización física. Y muestra también que, si al final ese modelo no triunfa y se impone de una forma definitiva, no es por un exceso de idealismo del rey, por un desfase entre una regia mente soñadora y el mundo de las realidades prácticas, o por una incapacidad insuperable de su tiempo y su mundo para encarnar tan magnífica posibilidad sino, en todo caso, por la obstinada inmadurez de ciertas fuerzas y elementos que deberían haberse convertido en poderosas ayudas y motores de la misma en lugar de entorpecerla hasta quebrantarla. Aun así, aun resquebrajándose al final, su creación cultural habrá sido, por una parte, el cascarón del que surgirá un doble embrión inapreciable: un lenguaje, configurado en obras literarias inmortales, y una identidad nacional tan poderosa y coherente que estará destinada a rebasar el ámbito meramente castellano para convertirse en el factor aglutinador peninsular hallando fuertes identificaciones en el resto de los pueblos de España. Por otra parte, constituirá una fuente de inspiración incalculable para esos tiempos venideros que sepan tornarse hacia ella y explotar su enorme potencial creativo.

Pluralismo tolerante y colaborante, en efecto. Pero Alfonso no se lanza tozuda y frontalmente contra las medidas de segregación que elabora y mantiene cada una de las tres comunidades y tras las cuales cristianos, judíos y musulmanes se escudan en un intento desesperado de preservar sus identidades raciales. Un ataque frontal a las mismas habría despertado inútilmente demasiadas fuerzas de oposición, y especialmente en las diversas jerarquías religiosas. Lo que hace Alfonso es, por una parte, suavizar normativas o incluso obviar su aplicación; por la otra, crear un clima tolerante que sea el fundamento de un futuro desarrollo orgánico de interrelación creciente; ofrecer un ejemplo vivo, práctico, de pluralismo; y propiciar las ocasiones para el encuentro y la colaboración de individuos de las tres tradiciones en el desarrollo de un proyecto cultural y social común. De ese clima es un síntoma y un símbolo preciso el que el rey Sabio eleva su canto no al marcial Santiago, sino a la maternal María, y lo haga además en el lenguaje de la tierra en que se venera al santo Batallador.

Sabiduría, instrucción y ciudadanía son tres realidades inevitablemente destinadas a ayudarse mutuamente en la historia. Relegada a una élite social o racial y circundada por una amplia masa de incultura, la sabiduría queda condenada a la esterilidad, confinada en el ámbito de una vida prácticamente secreta o autista, supeditada a una transmisión casi iniciática y amenazada constantemente de extinción. Para pervivir y crecer la sabiduría debe irradiar, instruir, penetrar una capa humana tras otra en un esfuerzo por transformarlas a todas de acuerdo con los contenidos y posibilidades que le son propios. Como ideal de la realeza y en la medida en que éste se transforma en hecho práctico,

¹⁰C.C.A. 32.

garantiza la altura moral, la justicia, la eficacia del monarca, y convierte su *imperio* en algo que trasciende, no sólo de forma nominal sino también efectiva, el dominio puramente organizativo de la sociedad para alcanzar la esfera intelectual y aun rozar la espiritual. Como poder irradiante a través de diversos grados y modos de instrucción, propicia la transformación gradual de una masa social mentalmente poco diferenciada en un conjunto de personalidades individualizadas con la posibilidad de intelectos formados, originales, críticos y libres, condición imprescindible para una auténtica democracia. Y aunque de hecho se ha hablado de una *democracia medieval* española de la mano de esas Cortes¹¹ surgidas, probablemente, a finales del siglo XII en el reino de León y que representaban ante el rey y sus consejeros al estamento popular¹², no podemos atribuir a Alfonso X un proyecto democrático próximo o lejano, como tampoco a su tiempo la posibilidad de darle un definido cuerpo físico. Pero su concepto de pueblo y de patria y su tendencia a la limitación de los privilegios de la nobleza, unidos a su vasta labor instructora por medio de la creación de universidades y de la traducción y elaboración de obras de historia, ciencia, medicina, técnica, incluso de misteriosofía... ponen en evidencia una línea de desarrollo que, de haber sido proseguida el tiempo suficiente, habría desembocado en una sociedad de enormes posibilidades culturales bajo un régimen, probablemente, muy por encima del que ilustró el mejor periodo de la democracia ateniense y se habría convertido en la máxima realización imaginable de los sueños de la Edad Media. En este sentido, Alfonso es sin duda el rey Arturo español.

Finalmente, el pensamiento de Alfonso X, vertido en un lenguaje independizado del latín y por tanto de la lengua y concepto eclesiásticos, evita el enfrentamiento filosófico o teológico con la iglesia y sus doctores del saber. Mediante aparente sumisión a su superioridad ideológica, Alfonso rebasa los estrechos contenidos y métodos de la escolástica por sus dos flancos: por un lado, revela un profundísimo interés por el saber hermético y teosófico sea cual sea su tradición de origen¹³; por el otro, consciente sin duda de que no es este tipo de saber el que puede permitirle instruir y transformar amplias capas del pueblo que gobierna, realiza una labor de zapa similar a la que más tarde habrá de llevar a cabo el Renacimiento: desde un racionalismo averroísta hace descender la filosofía, del mundo de las realidades inaprensibles del Espíritu, al mundo físico de las realidades empíricas, donde sólo un intelecto lúcida y constantemente cuestionador, que siga la metodología de un juicio racional sanamente autocrítico, puede avanzar con éxito¹⁴. Este doble movimiento, llevado a sus últimas consecuencias, habría convertido la dogmática filosofía católica en una monumental inutilidad: innecesaria para el conocimiento del Espíritu, inaplicable al mundo de las realidades prácticas. Por otra parte, no debe pensarse que entre la atracción hacia el saber hermético y una postura tendente al racionalismo deba existir inevitablemente una insuperable contradicción. De hecho, la diferencia fundamental entre el método del hermetismo y el de la escolástica, entre las

¹¹Y será precisamente Alfonso X quien convierta las Cortes en un instrumento habitual de gobierno.

¹²Hi.E. 30.

¹³El interés de Alfonso X por los saberes herméticos es incuestionable. C.C.A. 80: *Su plan de traducciones se extendió al Corán, el Talmud y la Cábala. Admitía además como "ciencia" todo fenómeno humano a su alcance, sin excluir en cuanto tal lo religioso..* La Cábala y el sufismo, las corrientes místicas del judaísmo y el Islam respectivamente, son fuerzas vivas y pujantes en la Castilla del rey Sabio. Baer, por su parte, reconoce (196) que Castilla es la patria de la Cábala en su versión más autorizada. El *Zohar*, acaso la obra más importante de la Cábala, se escribe, según Sholem, en Castilla entre los años 1280 y 1286 (Baer, 209). Obras de ambas corrientes se traducen en el Toledo de esta época, libros de magia se componen o son vertidos del hebreo y el árabe al castellano, incluso una versión gallega de la *Estoria del Santo Grial* es encargada por el rey Sabio.

¹⁴C.C.A. 206: *La misma Biblia es en él objeto de recortes cuando su letra sobrepasa límites de elemental verosimilitud...*

misteriosofías y la filosofía medieval católica, es que el primero no parte de la obligada aceptación de verdades a priori y de la necesidad de adecuar a éstas todo el resto del universo conceptual del hombre, sino de la intuición de una verdad supraterrrestre que debe ser tocada, alcanzada y poseída, más que pensada, a través de un método que puede ser llamado, sin traicionar este término, “científico”. En efecto, es científico porque sin rechazar ni aceptar de modo absoluto la hipótesis de lo que constituye la gran posibilidad humana, la trascendencia de la condición limitada del hombre mortal, se mueve hacia ella por continua experiencia, prueba y contraste de las hipótesis e intuiciones que una larga tradición ha establecido como jalones necesarios del camino. Sea donde sea que lleve esta pretensión en última instancia, si al paraíso, la locura o el vacío y decepción, su metodología no puede ser acusada de irracional: muy al contrario, es abierta, intuitiva, flexible en su capacidad de reorganizar su universo conceptual a partir de cada nueva experiencia, y radicalmente empírica: un empirismo trascendental.

Así como el proyecto cultural alfonsí lleva en su seno el germen de un nuevo tipo humano, su proyecto político debía crear la infraestructura y el ecosistema donde aquél pudiera crecer y desarrollarse. Ahora bien, si una amplia base de libertad sobre una base aun mayor de instrucción y todo ello coronado por un ideal de sabiduría definía al primero, el segundo había de verse determinado por la necesidad de transformar e integrar, o cuando menos neutralizar, aquellos poderes sociales cuya función de guardianes del viejo orden les permitía no sólo sobrevivir, sino crecer y medrar: una gran parte de la nobleza y, sobre todo, la iglesia, violentamente recalcitrante a cualquier innovación que supusiese la pérdida de un ápice de su influencia o de su poder. Pero además de esta labor interna, y estrechamente relacionada con ella, para la preservación de ese nuevo tipo cultural y humano era políticamente necesaria también la construcción de una nación a la que su potencia económica y militar, su eficacia diplomática y la solidez de sus relaciones exteriores, le dieran el suficiente peso internacional como para no verse amenazada, desde más allá de sus fronteras, en su voluntad de autotransformación. Hegemonía peninsular y logro de la corona imperial eran los dos pasos clave que esta tarea exterior obligaba a dar.

A diferencia del genial Federico II de Hohenstaufen, rey de Sicilia y emperador, pesadilla de tres papas y tío del monarca castellano por parte de su madre, Beatriz de Suabia, Alfonso no da la impresión a lo largo de toda su vida de ser una personalidad dada a enfrentamientos directos, violentos y radicales. Ello no le impide luchar por sus proyectos con verdadera pasión, pero su estrategia no es la de arremeter inmediata y abiertamente contra las fuerzas que por su propia naturaleza están llamadas a oponérsele, levantando de este modo energías encontradas por todas partes, sino siempre la de una cuidada preparación de todos aquellos elementos cuya acción conjunta provocará al final, casi por sí solo y con el menor derroche posible de energías humanas, el cambio deseado. Desafortunadamente para la globalidad del proyecto alfonsí, los elementos a trabajar aislada y minuciosamente eran demasiados; y sus interrelaciones, muy complejas y enmarañadas como para que la presión sobre uno de ellos no provocase de inmediato alteraciones indeseables en toda la estructura. Por eso, el estudio de la acción política del rey Sabio nos muestra los inicios de sus diferentes estrategias, nos obliga a deducir a partir de ellos ulteriores pasos, pero no nos ofrece resultados definitivos porque las circunstancias históricas no los permitieron; no, al menos, en la forma y el momento que Alfonso X los habría deseado. Y sin embargo, comprendida en su conjunto, la obra de este monarca irrepetible no nos permite hablar de fracaso, pues el esfuerzo que él inició le

sobreviviría para ir dando sus frutos a los siglos venideros con la lentitud con la que maduran las grandes creaciones en la Tierra.

El modo de actuación que señalábamos resulta muy evidente en las relaciones del monarca con la iglesia. Aparentemente su ortodoxia es irreprochable: su filosemitismo se compensa con manifestaciones en sus libros, algunas denigrantes para los judíos, otras en el sentido de la indudable superioridad de la religión cristiana; su curiosidad hermética y espiritual es explicada por la necesidad de encontrar en los mismos libros de las otras tradiciones los argumentos para contradecirlas; además, el rey mantiene fluidas relaciones con Roma y hace un amplio uso de los obispos para las funciones de gobierno. Sin embargo, en 1279 el conjunto de la iglesia castellano-leonesa dirige al papa una lista de acusaciones contra Alfonso: se le reprocha la excesiva carga fiscal, poner todo tipo de dificultades a las reuniones y sínodos episcopales, no autorizar los viajes de los obispos a Roma, impedir la publicación de entredichos y excomuniones, anteponer los jueces seculares, preferir a los judíos... Cuatro son, pues, si tomamos como referencia esta lista de agravios, las líneas de su estrategia en el dominio de la política religiosa: mermar el poder de la iglesia castellano-leonesa atacando sus recursos económicos mediante impuestos viejos y nuevos, y mediante pueblas nuevas destinadas a sustraer material humano tanto a la nobleza eclesiástica como a la secular; obstaculizar su acción corporativa; minar su autoridad moral y el ejercicio de su poder espiritual; y por último, mediante su intervención directa en la elección de nuevos obispos, ir poniendo las sedes de importancia en manos de aquellos que formaban parte de su camarilla real, todos ellos parientes cercanos o amigos del rey y, es de suponer, al menos en un primer periodo, afectos partidarios de su proyecto cultural, social y político. Las circunstancias históricas no permitieron que este proceso de sometimiento y de cambio se llevase a cabo con las suficientes rapidez, intensidad y profundidad que habrían hecho posible su consumación.

Por otra parte, a la luz de muchas actitudes del rey Sabio, no es absurdo preguntarse si estas cuatro líneas de su estrategia no eran sólo el primer paso de una transformación mayor, que contemplase, en última instancia, la progresiva implantación de un ideal espiritual divergente del que emanaba de la fuente católica y romana. Una importante innovación lo era ya el cambio del polo espiritual de Santiago de Compostela a Toledo, con lo que ello significaba de substitución del ideal guerrero por el de tolerancia, del símbolo del Matamoros por el mariano, de la orientación europeísta por la islámica, la mudéjar, la interconfesional. Pero si esa voluntad de transformación profunda hubiese existido, evidentemente el proceso no se habría detenido ahí y habría que deducir, a partir de las tendencias y manifestaciones del rey Sabio, la forma y el carácter de ese ideal espiritual último. De haber existido, y dadas sus tendencias integradoras en el dominio de la cultura y el lenguaje, sin duda habría constituido un dogma lo suficientemente abierto como para ser aceptable por las tres comunidades religiosas; pero *dogma* habría sido aquí realmente *opinión*, y difícilmente se habría aceptado una autoridad espiritual última con capacidad para imponerlo por la fuerza o sancionar la ausencia de su aceptación plena y estricta. Probablemente, las tres comunidades habrían mantenido sus jerarquías diversas, pero éstas, ayudadas por una política adecuada y reconociendo como única autoridad superior común al rey, habrían tendido a flexibilizar sus posiciones. Habrían conservado también, sobre todo en un principio, sus identidades diversas, sus textos y tradiciones; pero la intensificación de sus relaciones, su progresiva colaboración en el proyecto cultural y social alfonsí, su conocimiento y reconocimiento mutuos, habrían acabado por llevar a una desaparición de fronteras estrictas entre unas y otras y, aunque probablemente en cada una de ellas habrían sobrevivido uno o varios

núcleos apegados a su exclusiva identidad, se habrían formado también amplias franjas intermedias de síntesis religiosa y espiritual. El misticismo y hermetismo habrían florecido de la mano del sufismo y de la Cábala¹⁵, situándose más allá del dogma religioso en un terreno de pura experiencia espiritual. Y, finalmente, el rey, como única figura superior común, habría adquirido el carácter de una autoridad a la vez temporal y mística¹⁶.

Sorprendería de una personalidad como la de Alfonso X la ausencia de un proyecto espiritual comparable, al menos, al que hemos esbozado a grandes trazos, sin entrar en detalles que posiblemente el rey habría dejado al tiempo y a la propia dinámica de las cosas. Alfonso sabía necesariamente que la iglesia es una fuerza demasiado compleja, demasiado sibilina, una hidra de muchas cabezas, como para que sea posible someterla sin transformarla de forma radical tanto en su estructura como en su ideología. Sabía necesariamente que la intolerancia tradicional del catolicismo romano era una amenaza para su proyecto cultural, gobernado por el pluralismo y la interconfesionalidad. Sabía que la exclusividad del dogma católico era un peligro para la vasta curiosidad intelectual y para la amplia libertad de pensamiento que exige la Sabiduría y de las que él mismo era modelo. Y además, siendo gibelino como era y celoso del poder real, tenía el ejemplo de la lucha rabiosa del papado contra su tío Federico II, a quien le unen no pocas similitudes. Por todo ello, sólo la ingenuidad le habría llevado a pensar que unos cambios en sus centros de poder y una merma temporal de sus recursos bastarían para someter a la iglesia castellano-leonesa definitivamente convirtiéndola en un instrumento tan dócil de la realeza como parece haberlo sido durante los primeros reyes godos católicos. La lentitud con la que se vio obligado a proceder le mostraría hasta qué punto aquélla estaba dispuesta a defender su preeminencia.

Si el sometimiento y la transformación de la iglesia castellano-leonesa hubiera sido la única tarea que el rey Sabio hubiera debido llevar a cabo para la consumación de su proyecto global, este último habría tenido muchas más posibilidades de éxito. Pero, por una parte, la iglesia era una vasta estructura internacional con capacidad para mover en su apoyo muchos poderes europeos; por la otra, no sólo estaba estrechamente vinculada a la nobleza, sino que ambas eran aliadas naturales en su enfrentamiento contra la corona de Castilla por el predominio. De ahí que aquella tarea se imbricase profundamente con otras dos y tuviera que avanzar a la par tanto de la lucha por la investidura imperial como del conflicto con la casta guerrera.

En lo material, la nobleza se vio atacada igual que la iglesia: impuestos; revisiones de la repoblación de antiguos territorios, que reconducían los recursos humanos, y por tanto económicos, a las tierras de realengo desde los viejos señoríos; un modo de repoblación en los nuevos territorios, murcianos y andaluces, que potenciaba los pequeños propietarios y la diversidad de estamentos; creación de villas que sólo respondían ante el rey y tributaban a los agentes reales; prohijamientos por los que el rey heredaba a particulares en contra de las expectativas nobiliarias... También en lo moral se veía amenazada: progresaba una unificación jurídica basada en el derecho romano que

¹⁵Estas dos corrientes son, de hecho, las dos primeras formas de misticismo que conoce España y según algunos autores, la mística española de los siglos XVI y XVII habría surgido de la tradición oriental representada por judíos y musulmanes.

¹⁶Tanto la concepción jurídico-política de la realeza en el siglo XIII (especialmente desarrollada por Federico II y su curia de juristas) como diversas posturas y movimientos mesiánicos dentro de las tres tradiciones permitían y propiciaban esta exaltación de la figura del rey. Además, para judíos y musulmanes resultaba más aceptable el rey, como autoridad suprema, que el papa.

convertía al rey en la única fuente de derecho y administración de justicia; ganaban terreno los agentes reales, merinos y adelantados, a los que los nobles debían someterse; se reducían los privilegios de la nobleza y ésta se fundía con el resto de los estamentos sociales en un concepto de “pueblo” que unificaba e igualaba a todos los hombres de la nación sometiéndolos a una sola cabeza visible: el rey¹⁷... La domesticación de la nobleza no podía ser una tarea fácil y, en tal momento histórico, dependiendo ampliamente de aquélla el poder militar del rey, esta labor fundamental sólo podía llevarse a cabo de una forma: movilizándolo sus energías guerreras, concentrándolas en una acción importante y exclusiva, y haciéndolo de tal modo que la misma aventura bélica, mientras daba tiempo al monarca para efectuar los cambios esenciales de su prevista reorganización, transformase vital, emotiva e incluso ideológicamente a los guerreros en la suficiente medida como para hacerlos capaces de aceptar más tarde la nueva situación creada.

Esta posibilidad no podía ofrecérsela ya a Alfonso X la Península. La Reconquista, de hecho, había acabado y Granada era un reino vasallo de Castilla. Ahora bien, la historia muestra repetidamente el caso de sociedades guerreras de vasto poder expansivo que, cuando culminan su etapa de conquistas, incapaces de re canalizar sus energías bélicas, entran en un periodo de luchas internas que acostumbran a resolverse de dos modos posibles: la descomposición más o menos fraccionada del imperio creado o la emergencia, después de un largo periodo de caos interior, de un poder de espíritu totalitario que subyugue todas las fuerzas individuales del país y las someta a su ley de hierro. Una y otra necesidad, la de re canalizar estas energías y la de transformarlas, hacen aparecer el proyecto de Cruzada contra el norte de África, que alimentó Alfonso durante varios años, como la solución más accesible. La Cruzada contra el reino maríní de Marruecos no sólo habría permitido al rey dar un objetivo a la belicosidad de los nobles, ocuparlos en una tarea común, llevar a una gran parte de ellos más allá de las fronteras del país, más allá de la Península; sino, además, conjurar la amenaza secular que representaba para España aquella área del Magreb, de la que habían surgido las oleadas de almorávides y de almohades, y desde donde llegarían dos incursiones devastadoras durante el reinado del propio Alfonso. Además, la bula papal de Cruzada propiciaba la participación de otros ejércitos europeos en la aventura, lo que, a su vez, creaba mayores oportunidades para el logro de la aspiración imperial del rey.

Debe pensarse que las Cruzadas, aun siendo una empresa bélica en lo fundamental, no tenían un resultado puramente destructivo. Al contrario, se daba un cambio interno en los guerreros provocado, además de por el poder transformador que tiene ya de por sí la experiencia bélica, por la necesidad de adecuar esta última a un ideal espiritual, por más errático que éste fuese o nos lo pueda parecer desde nuestra plataforma temporal. Por último, había también un contacto creativo con las fuerzas rivales, una mutua exploración, conocimiento, inseminación. Esta base, unida a tiempo suficiente y a una sutileza, fuerza, coherencia, ardor mayores en la elaboración del ideal rector, habría dado la posibilidad de una amplia transformación de la nobleza. Sin embargo, la reelaboración definida y decidida del ideal guerrero parece una de las grandes necesidades y de las grandes ausencias del proyecto político-cultural alfonsí.

Es el momento de retomar el tema iniciado en el capítulo anterior al hablar de la experiencia bélica puesta al servicio de lo divino y del símbolo unificador de Santiago. La violencia no es, evidentemente, un ideal humano, pero es el medio fundamental que usa la

¹⁷C.C.A 32.

vida para responder a sus necesidades connaturales de supervivencia, crecimiento y dominio. El bárbaro¹⁸, el hombre primitivamente vital, además de satisfacer con ella su egoísmo, añade a la violencia natural un toque de perversión haciéndose capaz de convertirla por sí misma en una forma de placer y de llevarla a excesos abominables, inconcebibles en el reino animal. El hombre ético sigue dos líneas de acción: o bien intenta suprimir la violencia individualmente, lo que en un entorno no transformado sólo lo consigue a costa de una gran dosis de violencia moral contra sí mismo o contra el medio, o bien intenta someterla a unas reglas inspiradas en un ideal de vida y darle un nuevo contenido. La violencia deja entonces de ser un medio de satisfacción bárbara para convertirse en el instrumento de defensa de un ideal de vida. Puede emerger todavía satisfacción de su experiencia global, pero el hombre ético, a diferencia del bárbaro, la extrae de otros valores, esos valores humanos que es necesario cultivar para que el guerrero sea preciso y eficaz en la administración de la violencia: fuerza, coraje, disciplina, autodominio, capacidad de sacrificio, resistencia física y moral al cansancio, a las privaciones, al dolor, valentía ante la idea y la experiencia de la muerte... A su vez, la emergencia de estos valores tiene diversos efectos: en primer lugar, transforman internamente al hombre; disciplinan, aceran, organizan su mente, sus emociones y vitalidad. Por otra parte, hacen nacer en él el respeto, e incluso un espíritu corporativo, hacia aquel oponente capaz de regirse por similares valores superiores al barbarismo. Además, socialmente obliga al desarrollo consciente de una casta de administradores de la fuerza, que por la altura de sus valores y conducta debe convertirse en aristocracia, el grupo de los mejores, los guardianes de la vida y de los ideales de la tribu o nación. Finalmente, la experiencia de la lucha y de la guerra se ve transformada por esos valores e ideales tornándose progresivamente “caballeresca” y permitiendo la irrupción en ella de las dimensiones superiores del hombre: sus emociones superiores con la justicia, la piedad, la fidelidad al pacto; su inteligencia, que desarrolla una ciencia de la guerra; incluso su dimensión estética, dándole al samurai y a su arte la belleza estricta del zen y un aura de hermosura romántica al caballero medieval. Ahora bien, esta irrupción de las dimensiones superiores del hombre en la experiencia de la violencia permite que el luchador, el guerrero, se haga receptivo a ideales también superiores en una escala ascendente: por el ideal tribal o patriótico, el bárbaro supera su egoísmo; por el ideal del Bien, el guerrero puede situarse incluso por encima del ideal patriótico dependiendo del valor que se le dé a este Bien. En la cima de la escala de valores, hallaríamos el ideal de poner la fuerza, el coraje y todas las otras cualidades, capacidades y poderes del guerrero al servicio de la Entidad Suprema, Dios, para que en una ausencia total de egoísmo, en un vacío absoluto de intereses personales, sean la Voluntad y Omnisciencia Supremas las que determinen la acción del guerrero, instrumentalizándolo para Sus fines trascendentes en la historia. Ahora bien, para que esto sea posible son necesarias dos cosas: primero, que el guerrero se haya remontado por encima de su inteligencia y de su ética a una luminosa intuición capaz de captar espontánea y claramente las supremas inducciones y, además, que haya purificado su ser emocional y físico de toda traza de egoísmo y de mala voluntad. Estas dos necesidades convierten al guerrero inevitablemente en un buscador del más alto conocimiento y del más pleno autodominio, funden en su persona el místico y el luchador, convierten la lucha exterior en lucha interior y la guerra en un elevado símbolo espiritual. No nos importa ahora saber hasta qué punto esta trascendencia última es posible o no; lo que nos importa es que existió como ideal en muchas culturas y tradiciones, que tuvo un efecto poderosamente transformador de los hombres y las civilizaciones y que, en el occidente europeo, tuvo su suprema expresión en el mito del

¹⁸Entendido aquí este concepto en un sentido más psicológico que histórico.

Grial¹⁹, que coronó el ideal caballeresco de la Edad Media. Tampoco nos importa, para conocer las posibilidades máximas de un ideal o de una experiencia, las contradicciones en las que los hombres puedan incurrir en la práctica. El hombre es un ser complejo y, cuando hablamos del bárbaro, del hombre ético o del místico capaz de la suprema intuición, nos permitimos abstracciones que no se dan en la práctica de forma absoluta o que, al menos, son muy poco comunes. Lo corriente es que en cada ser humano haya una porción de cada cosa: un núcleo de barbarismo, una base moral, una aspiración a la trascendencia... y que nos refiramos a él clasificándolo de un modo u otro de acuerdo con sus características y tendencias dominantes. Éstas, contempladas sincrónicamente, no tienen por qué anular otras incluso contradictorias; aunque mirados en su evolución, los contenidos superiores tienden a afirmarse y a borrar los trazos primitivos. Pero además, esta complejidad crece exponencialmente cuando se ve proyectada de la dimensión individual a la colectiva, porque en ella no sólo se torna muy difícil la apreciación de tales proporciones, sino que además éstas pueden cambiar rápidamente. Sea como sea, el juzgar todo ejército, toda empresa bélica y el mismo hecho de la guerra desde una noción preconcebida de violencia revela un pensamiento incapaz de manejarse con la sutileza y flexibilidad que exige un conocimiento penetrante. Sin embargo, es un fallo grande y común de la mente humana contemplar las cosas unidimensionalmente, olvidando o simplificando el juego complejo de sus proporciones y, sobre todo, desatendiendo el cambio de sus valores y contenidos en lo que para el hombre representa su progresión ascendente. En definitiva, no se trata aquí de idealizar las cruzadas, sino de comprender lo que éstas representan idealmente y las posibilidades que ese ideal tiene de materializarse, aun en medio de un juego de fuerzas enfrentadas y contradictorias.

Por otro lado, la Cruzada tampoco tenía por qué ser contradictoria con la política social y cultural que estaba llevando a cabo Alfonso en su reino. Para los musulmanes españoles Marruecos era un poder extranjero y el Islam, en la segunda mitad del siglo XIII, ya no era un imperio unificado sino un complejo juego de fuerzas encontradas. Los reyes europeos se veían obligados a justificarse ante la cristiandad con su lucha contra la Media Luna, pero algunos de ellos, como el mismo Federico II, emprendían cruzadas más diplomáticas que militares o cruzadas que, si perjudicaban a algunos gobernantes islámicos, beneficiaban voluntariamente a otros. El proyecto de Cruzada de Alfonso X no suponía verdaderamente un ataque al Islam como tal, y si las relaciones con Aben Yusuf de Marruecos fueron durante muchos años tormentosas, por los mismos años había un buen entendimiento entre el rey castellano y el sultán Baibars de Egipto. En cualquier caso, el conjunto de los problemas que debía enfrentar el rey impidieron la realización final de la Cruzada, que se redujo a lo que Manuel González ha llamado *una operación pirática o, a lo sumo, de tanteo*²⁰ en 1260 contra el puerto de Salé en la costa atlántica marroquí.

La hegemonía peninsular requería una cierta dedicación de esfuerzo, pero no era el mayor problema para el monarca de un reino con amplios recursos materiales y humanos, que gozaba de un peso nada desdeñable en el ámbito europeo y que se había convertido en una potencia militar y cultural. Muchas más dificultades suponía la aspiración imperial del rey Sabio. A pesar de la gran incomprensión de la mayoría de sus allegados, sus nobles, su pueblo y de una gran parte de sus historiadores, el proyecto imperial de Alfonso X no era una absurda quimera o el fruto de una desmesurada e

¹⁹En este mito, el guerrero pone todo su ímpetu y esfuerzo en acceder a aquello que es símbolo de la manifestación divina en la Tierra.

²⁰A.X. 65.

inconsciente ambición. La investidura, ofrecida al monarca castellano por la ciudad de Pisa en 1256, a la muerte del anti-emperador Guillermo de Holanda, con quien el papa había pretendido neutralizar el imperio de los Hohenstaufen, no sólo habría fortalecido la posición de Alfonso a nivel nacional, peninsular e internacional convirtiéndolo en la cabeza de un amplio conjunto de fuerzas europeas, sino que le habría situado en la posición de un interlocutor excepcional de toda la cristiandad frente al Islam y le habría permitido una cierta proyección imperial de su modelo cultural, social y político²¹. El que una personalidad como él, cuya sangre aunaba además los linajes bizantino, Plantagenet y Staufen, se convirtiese en cabeza del partido gibelino habría significado sin duda fuertes tensiones con el papado y la amenaza de luchas comparables a las que los pontífices Honorio III, Gregorio IX e Inocencio IV habían mantenido con Federico II, de ahí que después de casi veinte años de esfuerzos e incertidumbre Gregorio X decidiese en contra suya la cuestión imperial. Por su parte, Alfonso X, a mediados de los setenta y después de haber debido renunciar a muchas y muy importantes de sus reformas políticas tras la revolución nobiliaria de 1272, posiblemente no viera factible ni oportuno sostener una doble lucha por su proyecto. En el ámbito nacional, cualesquiera que fuesen sus claudicaciones, éstas debían de ser consideradas por Alfonso como temporales, pues no podía renunciar definitivamente a sus reformas sin renunciar también a su concepto de sociedad; por lo tanto, tenía que saber que las tensiones con la parte recalcitrante del alto clero y la nobleza continuarían. En el dominio imperial, su modelo de imperio, declaradamente gibelino y necesariamente condicionado por su concepto social y cultural, estaba destinado a entrar en conflicto con el papado en cuanto insinuase manifestarse y materializarse; por lo que sólo una configuración especial de la iglesia, en cuanto que ella misma un juego de fuerzas no siempre homogéneas, o la confianza de Gregorio X en una actitud conciliadora del rey, o bien una debilidad temporal del partido güelfo, le habrían dado en el mejor de los casos un respiro para poder afrontar sus luchas sucesivamente y, por tanto, con ciertas posibilidades de éxito. Pero la entrevista con el papa a mediados de 1275 en Beaucaire debió de convencerle finalmente de que ninguna de las dos primeras condiciones se cumplía; en cuanto a la tercera, el partido del papado se hallaba por aquel entonces bajo el liderazgo del príncipe probablemente más poderoso y hábil que llegó a regir sus destinos, Carlos de Anjou, hermano del monarca francés Luis IX el Santo. El rey aceptó las miserables²² contrapartidas que el pontífice le ofreció como compensación de su renuncia, y su fastuosa *ida al imperio* quedó como una gran empresa propagandística²³. Ahora bien, el mismo hecho que le libraba de un frente de preocupación y de batalla debió de causar grandes desencantos a su alrededor, especialmente después de los importantes recursos dedicados a conseguir el imperio, y debió asimismo de fortalecer las

²¹La dignidad imperial, sostenida por una fuerza militar suficiente y una diplomacia hábil, le habrían permitido a Alfonso, entre otras cosas, condicionar la elección de los papas, promover concilios o forzar a la iglesia hacia nuevas posiciones dentro del cristianismo, tal como a lo largo de la historia lo hicieron muchos césares.

²²Miserables comparadas con lo que podría haber supuesto la corona imperial, pero entre otras compensaciones se incluía la *décima* de las rentas eclesíásticas durante seis años, justificadas por la necesidad de atender a las necesidades de la guerra contra los moros de Granada y de África.

²³De la labor propagandística que se llevó a cabo con la *ida al imperio* merece destacarse un episodio por su gran trascendencia simbólica: el descubrimiento de la tumba del rey Wamba y el envío de sus restos a Toledo. Se decía que el rey visigodo Wamba estaba enterrado en la iglesia de San Vicente, en Pampliega, adonde llegó el monarca castellano a mediados de abril de 1274. Alfonso X mandó excavar el lugar señalado, desenterró al rey godo o a sus supuestos restos y los hizo inhumar en Toledo que *fue en tiempo de los godos cabeza de España et ó antiguament los emperadores se coronavan*. Ahora bien, Wamba había debido enfrentar la rebelión nobiliaria encabezada por Paulo, a quien logró vencer; fue uno de los reyes godos católicos más tolerante con los judíos y sostuvo un tenaz enfrentamiento con los obispos de su tiempo. Pero si Alfonso podía enviar un mensaje rico en significado a través de su acción, también la historia parecía llamarle a él la atención a través del símbolo elegido, pues ¿no fue depuesto Wamba al final de su reinado por sus nobles y sus obispos?

posturas de sus oponentes. Desde entonces, la corona imperial, indisputada, vestiría la cabeza de un oscuro príncipe del norte que no constituía ninguna amenaza para el papado, Rodolfo de Habsburgo. Pero cuando, por una de las paradojas de la historia, la corona llegase a España a través de su linaje, el imperio se construiría sobre una personalidad contraria a la de Alfonso, y con un modelo exactamente opuesto a lo que hubiera sido esperable del rey Sabio: Carlos V, que, por otra de las paradojas de la historia, habría de saquear Roma.

El reinado de Alfonso X representa para Castilla, y a través de Castilla para España, el resplandor, la eclosión momentánea pero inolvidable, de ese principio profundo del alma nacional que siempre imprime a su personalidad emergente una tendencia a orientarse hacia el ideal espiritual, concebido como la aspiración más alta posible. Ésta es la herencia oriental de España, recibida por el extremo Occidente desde los orígenes de la cultura mediterránea a través de los fenicios y renovada en tiempos medievales por la confluencia en su seno de otros dos pueblos semitas: los árabes y los hebreos. Y esto es lo que hace a España distinta del resto de los pueblos de Europa, mucho más orientados a explorar y explotar todas las posibilidades de la mente intelectual y organizativa, y sólo comparable, aunque con muchos matices diferenciadores, a Rusia, a caballo también entre Europa y Asia. La inmensa importancia del rey Sabio consiste en haber comprendido, o entrevisto cuando menos, que eran valores orientales, encarnados y transmitidos por judíos y musulmanes, los que más fielmente podían traducir ese principio anímico fundamental español; y que la alternativa europea, esto es, el cristianismo romano²⁴, era insuficiente o incluso peligroso para un pueblo con una pulsión espiritual tan poderosa como aquel que él regía y quería convertir en el corazón de las Españas. Sobre un proyecto de realeza *iuscéntrica*, asentada en el derecho romano, erige un ideal de realeza *sofiocéntrica*, de orientación salomónica; frente a una cristiandad excesivamente egocéntrica, avanza con movimiento integrador, siendo capaz de apreciar el potencial de otras formas de civilización y las posibilidades culturales implícitas en el diálogo con ellas; junto a un racionalismo naciente, permite desarrollarse un hermetismo intemporal, probablemente consciente, tal como lo será el Renacimiento, de que una y otra tendencia se unen en su curiosidad intelectual, en su empirismo y en su oposición a cualquier dogma, y sólo se separan allí donde el racionalismo se convierte en *absolutismo de la razón*.

Pero existe aun otro motivo para admirar al rey Sabio, aunque fuese éste el responsable de la frustración de gran parte de sus aspiraciones: en el proceso formativo medieval de las naciones occidentales, lo que el siglo XIII representa en general, y lo que el periodo alfonsino representa en particular para Castilla, es la posibilidad de una construcción nacional no por medios externos, políticos y administrativos, como los que impondrá el Renacimiento, sino internos, psicológicos y espirituales. En efecto, en un momento de organización nacional laxa en que la fuerza centrípeta de la realeza se halla en un equilibrio incierto con las fuerzas centrífugas feudales, el intento fundamental del rey Sabio, aquel al que su estrategia política tiene la misión de apoyar y no al revés, es transformar al pueblo que gobierna y hacer surgir, como resultado magnífico de esa transformación interna, una consciencia nacional unificadora, pujante, expresión espontánea de una nueva forma de relación de los individuos consigo mismos, el resto de

²⁴Es necesario distinguir el cristianismo romano del cristianismo judío, del cristianismo griego o del cristianismo egipcio, siendo como es sólo una entre muchas posibilidades de la vía cristiana, que triunfó en Occidente gracias a haberse convertido en una religión imperial y haber heredado, tras el hundimiento de Roma, la función de elemento unificador de los pueblos que anteriormente cobijara la estructura organizativa del imperio.

la comunidad y el Estado. Y es probablemente este intento del rey, más que la debilidad congénita de la realeza en este periodo de dependencia feudal, lo que explica su condescendencia para con nobles y otras fuerzas nacionales, cuando percibe que ha llevado el proceso de transformación más allá de lo que el material humano de que dispone puede, por el momento, admitir. Dos son las primeras causas que aparecen a nuestra mirada con la pretensión de explicar la frustración de esta posibilidad alternativa de formación nacional: en primer lugar, acaso el factor psicológico o ideal espiritual que debía ofrecer cimiento y centralizar esa consciencia colectiva emergente era todavía demasiado vago para la función que debía realizar, entrevisto pero no perfectamente definido, un ideal concebible pero no una fuerza viva. En segundo lugar, el tipo humano que requería la encarnación de este ideal, a pesar de las magníficas eclosiones medievales, no era ni mucho menos la figura dominante de la época: requería la generalización de un tipo humano para el cual fuesen prioritarios valores espirituales, éticos e intelectuales, y no los intereses vitales de dominio, prepotencia y posesión. Pero más allá, incluso, de estas dos causas inmediatas, vemos que el proceso formativo nacional siguió las mismas pautas en toda Europa y que en ningún lugar se dio con éxito esta alternativa al método externo y político, que se impondría entre dos y cuatro siglos más tarde consolidando las diferentes unidades nacionales por constricción, centralización y uniformización. El encuentro con Oriente a través del Islam, la utilización ética y espiritual de la vida caballeresca con esas floraciones representadas por las órdenes militares, en las que la espada sirve a un ideal divino, el pulso entre perceptible y secreto de corrientes como la cábala, el sufismo, diferentes formas de gnosticismo y ese destello sumo de síntesis espiritual que expresa la literatura griega, el sentido trascendente del arte, la arquitectura, el surgimiento de figuras como Federico II de Sicilia, Jaime I de Aragón, Luis IX de Francia, Alfonso X... todos esos elementos juntos arrojados al crisol de la historia no bastaron para que Occidente tomara el rumbo que semejante constelación cultural parecía sugerir y propiciar. Sin embargo, acaso la causa profunda de que no se aprovechara esta magnífica oportunidad no fue ni la vaguedad de los ideales ni la inexistencia de una masa crítica de seres humanos capaces de encarnarlos y de darles forma y vida, sino el hecho de que aquéllos, como en los tiempos antiguos, llegaban unidos a demasiada escoria, demasiado mezclados con otras fuerzas y contenidos, y era preciso someterlos al crisol de la lúcida razón que emergería y se difundiría a partir del Renacimiento a fin de pulir sus deficiencias, de perfeccionarlos, mediante un multisecular proceso de duda y análisis, todavía inacabado, que durante mucho tiempo parecería haberlos destruido para siempre.

Si nuestra inquisición no se ha visto confundida al tratar de desentrañar el significado profundo del reinado de Alfonso X en el proceso de manifestación histórica del alma nacional, no estaríamos equivocados al atribuirle el secreto valor de llevar consigo un importante potencial transformador de la dimensión individual y colectiva así como la orientación, plenamente consciente o vislumbrada en la distancia, de desarrollar, sobre una base psicológica suficientemente transformada, un orden social justo basado en un ideal de libre cooperación, y guiado por una autoridad central sabia y liberal. El que tan brillante oportunidad hubiese triunfado haciendo innecesario el proceso de orientación opuesta, desencadenado más tarde por las monarquías del Renacimiento y en nuestro país por los Reyes Católicos, parecería un milagro, un extraño fenómeno histórico inconsistente con la evolución de las realidades terrestres; pero no lo parece, al menos, el hecho de que la oportunidad de una realización semejante se presente de cuando en cuando a los hombres en su historia, aunque sólo sea para quedar orillada en el pasado como un fanal en el camino y una permanente invitación a asumir nuestro destino más conscientemente, con más éxito al enfrentar las fuerzas ciegas de la evolución que

generalmente determinan nuestras circunstancias históricas ignorando nuestras aspiraciones más altas.

El triunfo de semejante oportunidad habría exigido, como uno de sus primeros requisitos, una amplia apertura y una difundida voluntad por parte de las clases e individuos de comprender su sentido profundo como miembros de una comunidad y desarrollar los valores auténticos emanantes de ese sentido en una plena asunción de sus responsabilidades civiles e históricas. Sin embargo, la orientación general era la opuesta: la aristocracia estaba más preocupada por defender sus prerrogativas que por encarnar plenamente los valores e ideales que la justificaban como colectivo de los *grandes*, los *nobles*, los *mejores*; la iglesia, por su parte, nunca ha podido disimular que su intención principal es la de mantener el dogma a cuya sombra prosperan sus intereses terrenales y no la de ser una verdadera instructora de los pueblos de Occidente en el camino del Espíritu; el pueblo ni estaba lo suficientemente preparado ni era lo bastante poderoso para dirigir el proceso de cambio. El final del reinado de Alfonso X, con sus dos años de guerra civil contra una nobleza resentida apoyada en sus reivindicaciones por diversas fuerzas nacionales²⁵, marca la tónica de lo que será el periodo comprendido entre la muerte del rey Sabio y el surgimiento de unas figuras como las de Isabel y Fernando, capaces de culminar el proceso de formación nacional por sus enormes cualidades organizativas e indiscutible carisma, pero también por presión militar, rigurosa política y uniformización ideológica. Como si el perder una brillante oportunidad histórica conjurase todo aquello que se opone frontalmente a lo que prometían sus expectativas luminosas, el siglo XIV se ve plagado en la práctica totalidad de Europa por guerras intestinas, amplia miseria y hambrunas, herido por la guerra de los Cien Años y la Peste Negra, que a partir de 1348 arrasará Occidente diezmando salvajemente su población. En Castilla, una realeza debilitada constituida por una serie de figuras de poco relieve intentará prosperar en el cumplimiento de su función histórica coagulando en torno a sí misma la vida de la nación y regulándola de acuerdo con la codificación de derecho romano realizada por Alfonso X, que le da preeminencia. Para ello deberá enfrentarse a una nobleza apegada a tradiciones descentralizadoras y germánicas. Aun aquellas personalidades que en un principio se presenten a sí mismas como adalides de esas tradiciones nobiliarias -Sancho IV en su oposición a Alfonso X; Enrique II de Trastámara en su lucha contra Pedro I- se verán compelidas, después de su victoria, a oponerse a los intentos descentralizadores y a las fuerzas centrífugas. Aragón pasará también por pruebas semejantes y por un cambio de dinastía. El siglo XV traerá consigo ese momento crítico de la anarquía nacional en el que el establecimiento de una autoridad fuerte y un orden estricto se haya convertido en una necesidad vital de supervivencia, entrevista incluso por muchos poderosos. A esta necesidad de la nación que es y aún no es España el Destino responderá enviándole conjuntamente las dos figuras políticas más capaces y sorprendentes del Renacimiento, Isabel y Fernando.

²⁵Entre los pocos que permanecerían fieles a Alfonso X hasta el final estaba Juan Fernandez, Maestre del Temple, que según el testamento del rey debía llevar su corazón a Jerusalén y enterrarlo en el monte Calvario (A.X. 149). Con Alfonso X -escribe Manuel Gonzalez (A.X. 154-5)- desaparecía la generación que había protagonizado el momento más brillante de la reconquista y que, al mismo tiempo, había hecho posible el mayor y más generoso esfuerzo de síntesis e integración cultural hasta entonces conocido en Europa. Con su muerte desaparecía el más Sabio y el más universal de nuestros reyes medievales; también, el menos comprendido en su tiempo y el más desgraciado... El reinado de Alfonso X marca, desde muchos puntos de vista, un momento excepcional de la historia no sólo de Castilla y León, sino de Europa entera.